Cotto nació en El Salvador; más bien se diría mexicano. Nosotros así le queremos. ¡Así lo deseamos! Cierta nota exquisita, que vibra en los versos de Othón y Gutiérrez Nájera, decora con su aristocrática opacidad sonora, estos poemas ambulantes. A veces, un lampo de los crepúsculos del trópico nos recuerda que el autor no nació en nuestro Valle.

También la sombra de Juan Ramón Jiménez se perfila como inspiradora. Pero Cotto es él mismo. Su arte se nutre de su propia virtud. Habrá que contarle, desde luego, entre los jóvenes escritores más acrisolados y exquisitos de las letras americanas. Y sabemos que estas poesías de él son sólo augurio de otros muchos "momentos espirituales".

Mirad—porque de ver se trata—cómo describe a un aristócrata inglés el tesoro cristalino de Sutchitoto, pueblo natal del gran cantor:

"¡La torre de la Iglesia, en la mañana
de la Pascua Florida, llega al cielo...
¡Cualquier ángel le toca la campana!"

"¡Universo menor! Claro horizonte
que me enseña en paz, sencillamente,
que todos los caminos van al monte"...

Lejos de mí la idea de elaborar un "Ensayo" formal sobre la inmensa lírica del poeta. Pronto hemos de ver el selecto libro de nuestro amigo, cuya conciencia, clara y ecuánime, también curiosa, como la de Ulises, tanto se complace en urdir amables fábulas. ¡Ojalá, para nuestro recreo, sean interminables, como la tela misma de Penélope! Cotto expresará bellezas recónditas, en ese libro que hemos esperado tanto. ¡Que venga pronto, para nuestra dicha!

TOLSTOI

Para Antonio Caso

Haced de pino la caja
para Tolstoi,
de pino puro y fragante
como él.
¡Oh, campesino!
cortad el pino
que esté más alto
y tenga pájaros
en su ramaje...
¡Cortad el pino
en cuya copa
ponga la nube
agua de estrellas
que filtre un viento
de primavera!
Haced de pino la caja
para Tolstoi...
¡que duerma
en su propia fragancia, eternamente!

VERANO

A Mariano Brull.

Se está comiendo a sí mismo
aquel niño en el jardín...
Tiene un durazno en la boca
rosado y rubio como él.

Cezanne no quiere que rompa
el milagro del pincel...
El niño robó esa fruta
a un verano del pintor.

VIEJO Y NUEVO PANORAMA DE LA HISTORIA

Por RENE BARRAGAN

"¡A partir de hoy
transmutación de todos los valores!"
Nietzsche.

SI una palabra pudiera sintetizar todos los múltiples anhelos de este siglo atormentado, ella sería "renovación". Efectivamente, pocas épocas tan profundamente revolucionarias como la nues-

tra. Todo quisiera transformarlo nuestro tiempo, desde la organización social hasta la vida íntima. Este impulso de sangre nueva se manifiesta claramente en la esfera del pensamiento. El edificio ideológico construido trabajosamente durante siglos, especialmente en el XIX, se derrumbaba ante el embate de las nuevas ideas, que parten de bases distintas, en ocasiones violentamente

antitéticas a las anteriores. Así en la filosofía. Así en la ciencia. Así en el arte. Y, también, en la historia. Señalar los rasgos salientes de la nueva concepción histórica es el objeto del presente artículo.

* * *

Tradicionalmente la historia es concebida como el largo camino recorrido por el hombre, que, arrancando de las cavernas y de las culturas del cercano Oriente, se lanza a la conquista de la civilización, lo cual realiza en la Europa moderna. Todo el acaecer anterior tiene la significación de una prolongada antesala para llegar a esta brillante sociedad industrializada. Se trata, pues, de la historia contemplada desde una capital europea.

Fácilmente se advierte la insuficiencia de semejante esquema. Culturas enteras, como la hindú, la china, la maya-azteca, quedan fuera de la ruta europea: Antigüedad; Edad Media, Edad Moderna. A esas culturas sólo se hace referencia cuando entran en contacto con el Occidente.

A partir de Spengler, no es ya posible sostener este concepto lineal. El eje de la historia no es Europa. La historia tiene por escenario el mundo entero. En diversas comarcas florecen ciclos vitales históricos, es decir, conjuntos orgánicos de manifestaciones humanas que, viviendo en el tiempo, revelan una actitud única y original de cada pueblo frente a la existencia. Estas culturas son, cada una, mundos históricos en sí, a veces impenetrables. Resultan de cierta manera peculiar de sentir la vida y reaccionar ante ella. Cada cultura tiene un íntimo sentido que la explica; es un mundo cerrado que difícilmente puede penetrar quien a él sea ajeno. La historia general es la biografía de las culturas. Es así como la historia se pluraliza, y, al hacerlo, enriquece su panorama.

* * *

Es clásica la definición de la historia como "narración de los hechos ocurridos en el pasado". Realmente, para esta mirada superficial, la historia es una simple sucesión caótica de hechos inconexos, que se van acumulando, yuxtapuestos por el azar. Histórico es lo que pudo haber sido o no haber sido; tal se ha pensado comúnmente.

Existe, empero, una lógica de la historia. Los hechos, aislados, son contingentes, pero en su conjunto presentan nexos interiores que los hacen constituir cadenas en que cada eslabón es la consecuencia del anterior. Resurge la idea del destino. La historia tiene una trayectoria que rige un sino. Sólo que este destino es una disposición íntima, un camino condicionado interiormente. Si el alma es un conjunto de posibilidades, estas posibilidades y sólo éstas, podrán realizarse en una vida determinada. Hay por tanto cosas que un hombre o una época nunca podrán realizar por

más que en ello se esfuercen, porque no caen dentro de la suma de sus posibilidades. Habrá en cambio posibilidades que realizarán fácilmente, espontáneamente; es más, algunas de ellas serán tan imperiosas que se realizarán necesariamente. En su raíz, destino y vocación son idénticos: energía que brota de lo más profundo del ser, en forma de tendencia irresistible. Esto proporciona a cada época una fisonomía espiritual propia que la distingue de las demás.

* * *

No es posible, por tanto, conformarse con la narración novelesca de los hechos. Hay que penetrar hasta su significado. Ir hasta el contenido mental humano que esos hechos revelan. Lo ha dicho Keyserling: "¿Qué es lo valioso, lo esencial? ¿Es el sentido o es el hecho? Es el sentido, sólo el sentido. Los hechos, como hechos, son indiferentes".

Para la historia de hoy todo lo pretérito tiene un valor meramente simbólico. Se trata de la creación de un alma. Y lo que interesa es precisamente esa alma. Todo símbolo es la expresión—consciente o inconsciente—de una actitud ante la vida. El historiador, penetrando en el hecho, trata, en un movimiento de proyección espiritual, de sumergirse en la actitud del hombre del pasado. Quiere sentir, desear, pensar, vivir como aquél. En una palabra, vivir en lo ya vivido.

* * *

Por último, fue creencia de la historia anterior el pensar que la marcha de la humanidad tenía su sentido en un progreso que cada vez llevaba al hombre más cerca de su perfección. "Ciudad de Dios" o "sociedad sin clases" son formas diversas de un mismo ideal de perfección como meta de la historia. Se trata, pues, de la historia hecha a la medida de las ilusiones de los hombres.

Por el contrario hoy el escepticismo invade el pensamiento de los filósofos de la historia. Spengler declara que "la historia humana, en su conjunto, carece de sentido". Berdiaeff, más amargamente, reflexiona que "todas las realizaciones de la historia significan otros tantos formidables fracasos".

Por lo menos hay que aceptar que el conjunto de la historia no tiene fines trascendentes. La historia es una forma de la vida; quizá su obra artística. Es como la obra de arte: su finalidad permanece inmanente; es "una finalidad sin fin".

* * *

Tales son, delineados someramente, los contornos del nuevo panorama de la historia. Sin embargo, las ideas antiguas se resisten a abandonar el campo y pululan todavía en libros y cátedras. Bien. Pero si la misión de la Universidad es mostrar rumbos culturales al país, ha de adoptar, en sus enseñanzas, los miradores del siglo XX.